

## **Reflejos**

### **relato colectivo del taller**

*La mano derecha de Ernesto se había convertido en la mano izquierda de Felisa... Porque era ya uno de los otros; los de detrás del espejo. Cuando traspasó esa frontera para situarse dentro, Ernesto se despojó de sus incertidumbres. A partir de entonces observaría a los que siguen fuera. Tal vez solo alguien que se cuestionara a sí mismo, como hizo él, solo alguien insatisfecho con su imagen en los ojos ajenos, que quisiera liberar su yo interior, podría sentir su presencia, la pequeña silueta del afamado y melancólico músico.*

Por un instante inspiró hondo, recuperó con los sentidos la esencia de su pasado, la casa frente al mar, el rumor del oleaje y el olor del salitre que penetraban con la ventana abierta. Su violín, cuidadosamente posado sobre la almohada, le llevó a rememorar nocturnas veladas de íntimas serenatas en el porche. Apoyando un ficticio instrumento sobre su cuello, comenzó a tocar la sintonía de su renacimiento: «aquí estoy, si necesitas ayuda, ven a buscarme».

Un súbito ruido invadió la estancia, un constante y desagradable martilleo. El violín se desvaneció y sus recuerdos se alejaron. Ernesto aguzó el oído tratando de averiguar la fuente del estruendo. Un timbre sonaba de forma insistente. Su hermana María, a quien había entregado un juego de llaves, apareció acto seguido en el cuarto pronunciando repetidamente su nombre. Extendió la mano hacia ella y comenzó a andar, intentó atravesar el espejo de vuelta. Quería contarle cómo la bisabuela Felisa lo poseyó, lo atrajo al otro lado, cuán feliz se sentía al fin en su cuerpo de mujer, tan añorado durante años de prolongado silencio, pero cada paso le conducía a una atmósfera desdibujada, borrosa. Tuvo que retroceder agitado hasta que vio la habitación de nuevo. Un mordisco en el estómago le sobrevino tras esa puerta de no retorno, por no haberle evitado a su hermana el sufrimiento de su incomprensible desaparición. Gritó tan fuerte como pudo pero su garganta no emitía ningún sonido. Lo intentó una vez, y otra, y otra, en vano.

Transcurrieron minutos eternos. Su frustración se convirtió en esperanza cuando se dio cuenta de que su hermana forzaba la cerradura del baúl de los abuelos y se disponía a abrirlo. Habían jurado en el lecho de muerte a su madre que jamás lo harían, que la familia seguiría guardando el misterio, cualquiera que fuese, que resistirían la tentación, pero él había traicionado esa solemne promesa, la había arrinconado en su alma, había levantado la tapa desvencijada y con ello abierto maravillosamente la puerta a Felisa. Ahora María sucumbía a la curiosidad, movida por el afán de encontrarle, en busca de alguna luz, alguna clave.

—¿Estás segura de querer abrir ese baúl?, ¿no sería mejor mirar antes por la casa si ha dejado una nota? Yo revuelvo por aquí.

Carmen, amiga de ambos desde la infancia, hablaba junto al quicio de la puerta. María salió apresurada para ocultar el llanto. Carmen la dejó pasar y se adentró en el cuarto con lentitud, como si presintiera algo...

—¡Ernesto!, ¿qué haces ahí dentro?

—¿Puedes verme?

—Perfectamente —hizo una breve pausa y añadió—: siempre te he visto, siempre estuve enamorada de ti, aunque tú solo tenías ojos para tu violín.

Conmocionado, Ernesto posó la frente en la luna fría que los separaba.

—Me extraña que, al encontrarme, te limites a un reproche. Me entristece. Tuvimos confidencias, a pesar de mi timidez.

Carmen le sonrió:

—Eres un artista. Tanta creatividad para tu música tal vez te rebosara el corazón para captar otros sentimientos.

—Querida, yo no hubiera podido cumplir tus sueños. Desde aquí comprendo lo que antes perdía. Probé a descubrir al Otro en mi reflejo y me armé de valor para desatar el nudo que me apresaba.

La mujer evocó tantas veces en que había imaginado su discurrir junto a Ernesto. Ella, una cuerda más sobre la noble madera de la que él, con su arco, extraería la mejor cadencia. Intimidades cotidianas y quizás un pequeñín de pelo rubio como el padre. Pasear de la mano por la playa, año tras año, hasta su invierno de aguas en calma. Echaba entonces de menos lo que nunca ocurriría porque siempre intuyó que él anhelaba ser... Ernestina. Ahora, la melodía de su amor juvenil había rebasado su tempo, pero a pesar de todo se alegraba de que dentro de ese enigmático espejo se produjera la oda potente de aquella afirmación.

—¿Hablas sola? —preguntó María a su regreso, desconsolada de no haber encontrado pista alguna en la casa—. El espejo y el baúl pertenecían a la bisabuela Felisa. Definitivamente hay que abrirlo.

Carmen no le desveló que su hermano había cruzado esa linde, creía que su amiga necesitaba entenderlo por sí misma. La vieja cerradura saltó. En el interior del cofre familiar había documentos, fotos antiguas. Rebuscaron entre ellas y, de pronto, se oyeron suspiros. Una muchedumbre se asomó a la luna. Ernesto, apretujado, casi no podía respirar. Se desmayó y solo entonces el gentío se disipó. Carmen, sentada en el suelo, pegada a su amado, acarició su reflejo con una mano que poco a poco se adentraba y desaparecía. Horrorizada, María tiró de ella con todas sus fuerzas, pero Carmen se resistía, las yemas de sus dedos en la mejilla de Ernesto, que empezaba a recobrar el sentido, ejercían un poder de atracción incontenible. Cruzó la frontera...

María, desconcertada, solo se veía a sí misma. Se abalanzó al baúl y repasó con cuidado las fotos amarillentas, desvaídas, hasta que una visión la deslumbró: la bisabuela Felisa y Félix, su gemelo, posaban despreocupados ante la cámara; él le rodeaba la cintura, ella reclinaba en su hombro la cabeza; no era una estampa fraternal o de ternura, había pasión en sus gestos. Un paquete de cartas entre ellos refrendaba su delirio carnal. La cabeza de María bullía: ¿por qué no destruyeron las pruebas de ese incesto?, ¿consentido por todos, irremediable?

Encontró otros papeles con la letra de Ernesto, escritos a una tal Clara, psicóloga o psiquiatra. Así pues, él también había cometido la deslealtad de desvelar el secreto del arcón y el espejo. Leyó la historia de cómo se sintió magnetizado por una imagen extraña de sí mismo, un Otro que le llamaba desde la superficie helada. Ernesto se parecía a Félix, todos en la familia lo decían, ¿o a Felisa? Poco a poco su cuerpo iba cambiando, feminizándose, la bisabuela lo invadía para poder al fin consumar su amor, él ya no era él sino ella y su metamorfosis lo colmaba de dicha.

«Oh mamá, tú conocías la magia de los reflejos, nos prohibiste asomarnos a nosotros mismos, con esa estricta moral tuya, juzgadora, negándole a tu propio hijo su verdad...», pensó María, apenada.

Depositó las fotos y las cartas en el baúl, lo cerró. Se aproximó al espejo y aunque este solo repetía su rostro con los ojos encharcados de lágrimas, se despidió:

—Adiós, Carmen, tú estás ahí dentro más cerca de tu amor, más cerca de ti misma. También en mi nombre cuida de mi hermana.